

LA LEYENDA DEL ARÜMCÓ

El Arümcó es un personaje de la mitología aborígen estrechamente relacionado con el agua. Un investigador de la historia pampeana, Don Enrique Stieben, recopiló esta leyenda que deja un claro mensaje sobre la necesidad de cuidar el agua en forma permanente.

EL ARÜMCÓ

Muchos grupos araucanos continuaron viviendo en La Pampa después de la conquista. Algunos, para siempre. Los demás fueron yéndose lentamente, en caravanas mustias, rumbo al solar prístino de la raza. Dolidos, rencorosos, impotentes, tomaban el camino de regreso a las tierras de sus abuelos remotos. Fueron pues testigos anodinos del rápido cambio que iba experimentando el territorio, hasta hacía poco, centro vital de su imperio ilímite. En los primeros años, La Pampa, virgen milenaria, rindiera de su seno joven todos los frutos que la avaricia del nuevo amo le exigiera. Pero este esfuerzo continuado terminó por aniquilarla pronto. El sacrificio fue superior a sus fuerzas. Exhausta, pues, de tanto darse sin recibir ni la caricia de un reposo; agotada, necesitó recuperarse. Estaba cansada...

¡Ruina y desolación doquiera; dunales invasores de antes pastosos predios; extensas superficies desforestadas; secos los pródigos hontanares; cegadas las numerosas lagunas; sequías abrumadoras; pestes y mortandad!

También Caillaré con los suyos tomó ese rumbo, desde Telén, gran laguna, a la sazón sólo un pantano desolado, sin el espejo milenario en que millares de aves alegraban la soledad. ¿A qué se iban a quedar ellos, despojados de la tierra que fuera del común de data remotísima?

La vieja Clenechén iba murmurando zafia su despecho: ¡Ahora la tierra descansa y come! Y lo necesitaba. Todos los yuyos secos y sus raíces y los bichos muertos, se pudren ahora y engordan a la tierra flaca. ¡Cuántas vacas, caballos y ovejas muertas se come ahora nuestra pobre tierra! ¡De esta sequía quedó un tendal! Otro año más que no llueva, y La Pampa se convertirá en un desierto. Pero el cristiano no sabe esto. Sigue arando en la tierra muerta.

-¡La tierra no perdona! -sentenció Caillaré, jefe virtual.

- Algún día muy lejano, ellos serán indios, porque la tierra tiene esa virtud - arguyó la Clenechén.

- Así ocurrió siempre, en todas partes - cuentan los abuelos.

-¡Claro!... Si así no fuese, todos seríamos iguales, pues - rodó la conversación, ahondando en el alma del terruño.

Caillaré iba adelante con Jacinto, un refugiado cristiano, cuando llegaron al río. Observando la franja de barro blando de la orilla, descubrió de pronto algo

sorprendente, pues se apeó de un salto y comenzó a señalar alborozado, con el rebenque.

-¡Aquí va!... Por aquí... ¡Pisadas livianitas!

-¡Ahá!... El *Arümcó*- confirmó la *Clenechén*, afilando los ojillos.

- Como de patitos; pero más finas agregó *Caillaré*.

-¡Cómo pisadas? Dudó medio tardío, *Jacinto*-.

¿Acaso dejan pisadas las mariposas? Según oí contar en el todo de *Curriqueo*, el *Arümcó* es una mariposa de rocío, muy suavcita y linda, como hecha de pedacitos de vidrio de todos colores, nunca quietas, que se desvanece al comenzar a calentar el sol.

-¡No! - terció la *Clenechén*-. Eso es otra cosa. Ese es el duende del amanecer. Yo se bien cómo es el genio del agua. No es mariposa.

-¡Qué sabe *Jacinto* de eso!- concurrió *Picherehué*, anciano curandero-. Eso lo sabemos nosotros. Nos viene de nuestros padres y abuelos, quién sabe de cuánto tiempo. Lo sabemos porque somos indios de la tierra.

"El *Arümcó* - explica solemne *Caillaré* - tiene traza de ranita de vidrio en cuclillas, los ojos entornados, la frente ceñida con vincha colorada, armado de lanza y la espalda cubierta con un ponchito verde claro, lanzando día y noche finísimos surtidores de agua pura y fresca".

-¡Ese es el *Arümcó*! - exclamaron todos, batiendo palmas.

-De ahí viene el agua- prosiguió *Caillaré* - él es quien da el agua. Está en todas partes, como la vida: donde brillan los manantiales; en las nacientes de los arroyos; donde se cavan los jagüales; en el fondo de las lagunas. Y sino ¿de dónde viene el agua?...

- Vean. Por aquí cruzó el río.

- Quiere decir que él también se vino - sospecha *Pichirehué*, y agrega: - Y claro. La tierra no perdona. Siempre se venga. Ahí tiene el *huinca*...hasta el *Arümcó* le dispara.

- Se habrá dado cuenta al último, que allá se echó a perder todo por mucho tiempo - pensó *Topileo* -. Lo que Dios hizo en siglos, el cristiano le destruyó en años.

- A que *Jacinto* tampoco sabe por qué es rengo el *Gualicho* - intervino la silenciosa *Lential*, mientras reanudaron la marcha triste, camino al exilio.

- No; nunca supe...

-¡Pero cómo va a saber eso, si apenas lo sabemos nosotros! Ya casi no lo cuentan los viejos - siguió *Lential* -. *Gualicho* es rengo porque una siesta, creyéndolo dormido el *Arümcó* envuelto en su ponchito, bajó al jagüel a azufrarle el agua. Pero el genio lo sintió -iya lo iban a sorprender!- y le clavó la lanza en la ingle. Por eso, el condena anda como persona sentida del nervio de la verija.

-¡Ah! - exclamó *Jacinto*, ya sin rumbo en tanto desatino.

- Gualicho tenía por costumbre echarle a perder el agua de noche, cuando el genio andaba de recorrida. Por eso lo ensartó en cuanto lo tuvo a mano - completó Lential.

- Después de pernoctar al amparo de un barranco, cruzaron el Neuquén, frente al todo del machi Agnelo, estación obligada de todos los peregrinos, de cuya fama tomó su nombre el Departamento. Y ahí se reanudó la conversación sobre el Arümcó, en presencia de otros viajeros. Querían oír la palabra sin réplica del pitoniso célebre.

-¡Sí!- comenzó éste en tono hierático, sin descuidar sus trebejos. El Arümcó es un genio indio de la tierra, que da agua. Es indio. Por eso se viene con nosotros. Y volverá después de mucho tiempo, cuando la tierra haya castigado a su ofensor. Aunque hace apenas veinte años que el *huinca* la usurpó, ya la Pampa se resiste porque no la entiende. No la entiende porque viene de otras tierras diferentes y cree que la Pampa tiene que ser igual a aquellas, sin advertir que Dios les dio destinos diferentes.

-¿Qué son, sino - continuó - las protestas de la tierra ofendida: los vientos locos a cualquier hora; las rachas de frío a destiempo y encima solazos de fuego; cerrazones fuera de estación; heladas en pleno verano; plagas, pestes y sequías? Desde que talaron el monte y araron la tierra, la Pampa se *engualichó*. Ya no oscurecen las lagunas las grandes bandadas de gaviotas "cabeza negra" porque el Arümcó las secó. Sin monte, emigraron los pajaritos. Ahora toda clase de bichos infectan los campos. Ya no hay arroyitos ni mantéales, ¿hijos míos! - quejábbase el machi gimiendo - Y estoy seguro de que si el cristiano hubiera encontrado alguna vez al Arümcó, lo hubiera muerto con su escopeta, como mató a las garzas, las perdices y las pavas de monte; así como convirtió la tierra en ceniza y al pobre indio en animal cimarrón, sin un lugar en la tierra para clavar su toldo.

-¡Todo perdido! Musitó angustiada la Clenechén.

-¡Todo perdido! - coreó el grupo a media voz.

-Cosas peores veremos aún, hijos míos. Se sucederán en adelante sequías cada vez más prolongadas y fuertes vientos incesantes, que oscurecerán el cielo con nubes de tierra en suspensión durante semanas y meses. ¡Toda la Pampa ofendida por el *huincá* quedará convertida en un médano!

Entonces los presentes cayeron en profunda tristeza. Las mujeres lloraron el terruño perdido quizás para siempre. ¡Ya no volverían nunca jamás! Desde ese tiempo están tristes los indios, como todos los derrotados, y ya no bailan ni cantan ni celebran *guillatunes*. ¡Para qué!...

Desde entonces los indios ya no hablan; guardan en su alma dolida el rencor de la tierra ultrajada.

-Cuando se acaba el agua, se acaba todo- dijo Caillaré.

-Porque el agua es la vida,-sentenció Agnelo".

Y al ponerse en marcha nuevamente, la triste caravana se vio precedida por un instante, del Arümcó agigantado, envuelto en alto torbellino de agua y viento, como un fantasma de vidrio, rumbo a la patria de los abuelos remotos, lanza en ristre, su vincha colorada y un ponchito verde claro flotando como mariposa.

Tomado de "Hualicho Mapu. Leyendas, cuentos y relatos de La Pampa misteriosa", de Enrique Stieben, Editorial Albatros, 1951. Páginas 115/119.
Capítulo o leyenda: "EL ARÜMCO" (La tierra no perdona - págs. 115/119).



La ranita denominada "Arümcó" por los antiguos pobladores de nuestra tierra.